

“Buen Padre tenéis que os da el buen Jesús”

Introducción

Comenzamos la lectura de los capítulos en los que Teresa va a comentar el *Padrenuestro*. Lo que hoy nos parece algo natural y sencillo, no lo fue en la época de Teresa. Hablar de oración a mujeres estaba casi prohibido. No podemos valorar suficientemente lo novedoso que Teresa traía a su tiempo: ¡fundar casas de oración para mujeres! Sólo hablar de ello levantaba todo clase de sospechas: entraba en el conflicto de la llamada polémica de la oración, y en las dos posturas antagonistas entre teólogos e inquisidores, frente a contemplativos y espirituales. Por ello, cuando escribe *Camino de perfección*, se arriesga a hacerlo teniendo enfrente el ojo del censor que tachará una y otra vez su manuscrito sin compasión. Sin embargo ella, con libertad y audacia, reclamará para sus hijas y hermanas el derecho a la oración, como derecho de todo hijo de Dios. Sabiendo que es terreno minado, tomará el *Padrenuestro* como medio para explicar la relación que Dios mismo quiere que usemos en nuestro trato con Él. En el *Padrenuestro*, acabará diciendo, se encuentra todo el recorrido, desde la oración vocal, pasando por la mental, la de recogimiento, hasta llegar a la oración de quietud y unión con Dios, en los últimos grados.

Teresa nos quiere introducir en una relación de cercanía con Dios. En el capítulo 21 ha comenzado diciéndonos que a ella más le recogían las palabras de los Evangelios que las de cualquier otro libro. Las palabras dichas por Jesús le producían la máxima veneración. En los capítulos introductorios, del 21 al 26, ha pedido a sus hermanas de S. José que echen fuera el miedo de los que sólo veían peligros en la práctica de la oración: *“quien os dijere que esto es peligro, tenedle a él por el mismo peligro y huid de él”*. Luego, con la confianza en este *“camino verdadero y real”*, empezar por entender con quién estamos y a quién hablamos. Ese *“quién con Quién”* necesario para entablar una relación personal. Es el ejercicio de la meditación, al que se llamaba oración mental. Teresa se alzó en contra de la mera recitación mecánica de fórmulas estereotipadas en la oración, fuera cual fuera. Para ella la oración auténtica es el diálogo del corazón, diálogo de amistad que implica atención a la persona con quien estamos. Es más que vocal o mental. Los argumentos que usará como ejemplo, los tomará de la vida diaria, de la experiencia de las mujeres, especialmente.

Planteada su importancia, y los grandes bienes que se hallan en la oración, insistirá en iniciar esta aventura con *“gran determinación”*, la *“determinada determinación”* de que ha hablado más arriba; esa *“seguridad de que, si no nos dejamos vencer, saldremos con la empresa...porque es gran cosa haber experimentado con la amistad y regalo que trata a los que van por este camino, y cómo casi les hace toda la costa”* (23,5)

Con el capítulo 26 dará un paso más en el recorrido. Teresa va a explicar cómo entrar dentro de sí para hallar allí a Cristo. Lo que pretende es que la persona se encuentre con quien vivir ese *“trato de amistad”*. Y para ello el ejercicio que le propone es *“mirar”* y *“dejarse mirar”*. Esto vendría a ser la dimensión psicológica de la oración, entrar dentro de uno mismo, superando la dispersión de los sentidos; y la dimensión cristológica, al mismo tiempo, de centramiento de la atención en la experiencia teologal. En este nuevo nivel, lo que hay que

ejercitar es la mirada. Y trascender el mundo discursivo de los pensamientos, conceptos, razonamientos. Superar el nivel intelectual de las imágenes y construcciones mentales para descansar en ese “estar cabe el Maestro”, en pacífica actividad. A esta tranquilidad se llega, no por esfuerzo de la mente, sino porque antes la persona se ha sentido mirada, conocida. La mirada de Dios es anterior a la nuestra, y sólo así puede recoger la nuestra en Él, sostenerla y dinamizar una relación personal:

No os pido ahora que penséis en El ni que saquéis muchos conceptos ni que hagáis grandes y delicadas consideraciones con vuestro entendimiento; no os pido más de que le miréis. Pues ¿quién os quita volver los ojos del alma, aunque sea de presto si no podéis más, a este Señor? Pues nunca, hijas, quita vuestro Esposo los ojos de vosotras. Mirad que no está aguardando otra cosa, como dice a la esposa, sino que le miremos (26,3)

Será a partir del capítulo 27, cuando empiece a comentar el Padrenuestro. Una vez iniciado el discípulo o discípula en cómo “recogerse”, comenzará esa declaración que ha prometido de las palabras del *Padrenuestro*. Este capítulo es para ser leído en oración, pues todo él es un diálogo con el Padre, con Jesús; y al final, con sus hermanas de comunidad. La veremos orando con Cristo, meditando ese misterio de Dios a quien Jesús nos enseña a llamar Padre. Nos pone directamente en la oración de Jesús para aprender de El, y conocer a través de Él que tenemos un Padre que no ha dejado nada por darnos. Teresa no hace teología, sino que ora, admirándose de cómo son estas entrañas de Dios que Jesús nos ha abierto. Estamos palpando esa experiencia vital de Teresa de Jesús, que siente la inmensa complacencia de Dios en sus hijos e hijas. Primera palabra, primera certeza orante es saberse “hijo/hija”.

El capítulo 28 proseguirá ayudando a comprender todavía más qué el “recogimiento” es la entrada en el propio ser, en donde tiene su cielo Dios. Lo que hay llamamos la *interioridad*. En clave bíblica, el alma como morada de Dios y templo del Espíritu Santo. Sigue insistiendo en la obligada educación de sentidos y potencias. Y recurre a imágenes de todo tipo: como las abejas que se meten en la colmena; o el castillo precioso, en el que habita un gran Rey. La persona es una interioridad habitada, de dimensión sacra, pues es capacidad de Dios.

El recogimiento, que también podemos llamar oración *centrante*, es más que una práctica. Exige la vida entera, y toda la persona. Hacia ahí va todo el aprendizaje. Para que Dios inunde todo ese palacio en que El se deleita, es necesario liberarlo de los estorbos, vaciarlo y dárselo como cosa suya, con toda determinación, libre y voluntariamente, pues Él no quiere forzar nuestra voluntad. La oración nos compromete a una oración auténtica de entrega mutua.

“Buen Padre tenéis que os da el buen Jesús”

«Padre nuestro que estás en los cielos». ¡Oh Señor mío, cómo parecéis Padre de tal Hijo y cómo parece vuestro Hijo, hijo de tal Padre! ¡Bendito seáis por siempre jamás! ¿No fuera al fin de la oración esta merced, Señor, tan grande? En comenzando, nos henchís las manos y hacéis tan gran merced que sería harto bien henchirse el entendimiento para ocupar de manera la voluntad que no pudiese hablar palabra. ¡Oh, qué bien venía aquí, hijas, contemplación perfecta! ¡Oh, con cuánta razón se entraría el alma en sí para poder mejor subir sobre sí misma a que le diese este santo Hijo a entender qué cosa es el lugar adonde dice que está su Padre, que es en los cielos! Salgamos de la tierra, hijas mías, que tal merced como ésta no es razón se tenga en tan poco, que después que entendamos cuán grande es nos quedemos en la tierra.

¡Oh Hijo de Dios y Señor mío!, ¿cómo dais tanto junto a la primera palabra? Ya que os humilláis a Vos con extremo tan grande en juntaros con nosotros al pedir y haceros hermano de cosa tan baja y miserable, ¿cómo nos dais en nombre de vuestro Padre todo lo que se puede dar, pues queréis que nos tenga por hijos, que vuestra palabra no puede faltar? Obligáisle a que la cumpla, que no es pequeña carga, pues en siendo Padre nos ha de sufrir por graves que sean las ofensas. Si nos tornamos a El, como al hijo pródigo hanos de perdonar, hanos de consolar en nuestros trabajos, hanos de sustentar como lo ha de hacer un tal Padre, que forzado ha de ser mejor que todos los padres del mundo, porque en El no puede haber sino todo bien cumplido, y después de todo esto hacernos participantes y herederos con Vos.

Pues ¿paréceos, hijas, que es buen maestro éste, pues para aficionarnos a que deprendamos lo que nos enseña, comienza haciéndonos tan gran merced? Pues ¿paréceos ahora que será razón que, aunque digamos vocalmente esta palabra, dejemos de entender con el entendimiento, para que se haga pedazos nuestro corazón con ver tal amor?

Buen Padre os tenéis, que os da el buen Jesús. No se conozca aquí otro padre para tratar de él. Y procurad, hijas mías, ser tales que merezcáis regalaros con El, y echaros en sus brazos. Ya sabéis que no os echará de sí, si sois buenas hijas. Pues ¿quién no procurará no perder tal Padre?

¡Oh, válgame Dios!, y que hay aquí en qué os consolar, que por no me alargar más lo quiero dejar a vuestros entendimientos; que por disparatado que ande el pensamiento, entre tal Hijo y tal Padre forzado ha de estar el Espíritu Santo, que enamore vuestra voluntad y os la ate tan grandísimo amor, ya que no baste para esto tan gran interés.

Ahora mirad que dice vuestro Maestro: «Que estás en los cielos». ¿Pensáis que importa poco saber qué cosa es cielo y adónde se ha de buscar vuestro sacratísimo Padre? Pues yo os digo que para entendimientos derramados que importa mucho, no sólo creer esto, sino procurarlo entender por experiencia. Porque es una de las cosas que ata mucho el entendimiento y hace recoger el alma.

Ya sabéis que Dios está en todas partes. Pues claro está que adonde está el rey, allí dicen está la corte. En fin, que adonde está Dios, es el cielo. Sin duda lo podéis creer que adonde está Su Majestad está toda la gloria. Pues mirad que dice San Agustín que le buscaba en muchas partes y que le vino a hallar dentro de sí mismo. ¿Pensáis que importa poco para un alma derramada entender esta verdad y ver que no ha menester para hablar con su Padre Eterno ir al cielo, ni para regalarse con El, ni ha menester hablar a voces? Por paso que hable, está tan cerca que nos oirá. Ni ha menester alas para ir a buscarle, sino ponerse en soledad y mirarle dentro de sí y no extrañarse de tan buen huésped; sino con gran humildad hablarle como a padre, pedirle como a padre, contarle sus trabajos, pedirle remedio para ellos, entendiendo que no es digna de ser su hija.

Las que de esta manera se pudieren encerrar en este cielo pequeño de nuestra alma, adonde está el que le hizo, y la tierra, y acostumar a no mirar ni estar adonde se distraigan estos sentidos exteriores, crea que lleva excelente camino y que no dejará de llegar a beber el agua de la fuente, porque camina mucho en poco tiempo. Es como el que va en una nao, que con un poco de buen viento se pone en el fin de la jornada en pocos días, y los que van por tierra tárdanse más.

Pues hagamos cuenta que dentro de nosotras está un palacio de grandísima riqueza, todo su edificio de oro y piedras preciosas, en fin, como para tal Señor; y que sois vos parte para que este edificio sea tal, como a la verdad es así, que no hay edificio de tanta hermosura como una alma limpia y llena de virtudes, y mientras mayores, más resplandecen las piedras; y que en este palacio está este gran Rey, que ha tenido por bien ser vuestro Padre; y que está en un trono de grandísimo precio, que es vuestro corazón.

Parecerá esto al principio cosa impertinente -digo, hacer esta ficción para darlo a entender- y podrá ser aproveche mucho, a vosotras en especial; porque, como no tenemos letras las mujeres, todo esto es menester para que entendamos con verdad que hay otra cosa más preciosa, sin ninguna comparación, dentro de nosotras que lo que vemos por de fuera. No nos imaginemos huecas en lo interior.

Que, a mi parecer, si como ahora entiendo que en este palacio pequeñito de mi alma cabe tan gran Rey, que no le dejara tantas veces solo, alguna me estuviera con El, y más procurara que no estuviera tan sucia. Mas ¡qué cosa de tanta admiración, quien hinchiera mil mundos y muy mucho más con su grandeza, encerrarse en una cosa tan pequeña! A la verdad, como es Señor, consigo trae la libertad, y como nos ama, hácese a nuestra medida.

Cuando un alma comienza, por no la alborotar de verse tan pequeña para tener en sí cosa tan grande, no se da a conocer hasta que va ensanchándola poco a poco, conforme a lo que es menester para lo que ha de poner en ella. Por esto digo que trae consigo la libertad, pues tiene el poder de hacer grande este palacio. Todo el punto está en que se le demos por suyo con toda determinación, y le desembaracemos para que pueda poner y quitar como en cosa propia. Y tiene razón Su Majestad, no se lo neguemos. Y como El no ha de forzar nuestra voluntad, toma lo que le damos, mas no se da a Sí del todo hasta que nos damos del todo.

(Camino de Perfección 27 y 28, Sta. Teresa de Jesús)

Textos bíblicos Paternidad – Filiación

Escuchad, hijos, la corrección paterna... Escucha, hijo mío, recibe mis palabras, y se alargarán los años de tu vida: Te instruyo sobre el camino de la sensatez, te encamino por la senda recta. Al caminar no serán torpes tus pasos; al correr no tropezarás. Agárrate a la corrección, no la sueltes; consérvala, porque te va la vida, hijo mío, atiende a mis palabras, presta oído a mis consejos: que no se aparten de tus ojos, guárdalos dentro del corazón; pues son vida para el que los consigue, son salud para su carne. (Proverbios 1, 1.10-13)

Yo, yo soy vuestro consolador. ¿Quién eres tú para temer a un mortal, a un hombre que será como hierba? Olvidaste al Señor que te hizo, que desplegó el cielo y cimentó la tierra. Y temías sin cesar, todo el día, la furia del opresor, cuando se disponía a destruir. ¿Dónde ha quedado la furia del opresor? Se suelta a toda prisa el preso encorvado, no morirá en el calabozo ni le faltará el pan. Yo, el Señor, tu Dios, agito el mar, y rugen sus olas: mi Nombre es Señor Todopoderoso. Puse en tu boca mi Palabra, te cubrí con la sombra de mi mano; extendiendo el cielo, cimento la tierra, y digo a Sión: Mi pueblo eres tú. (Isaías 51,12-16)

Pero cuando se cumplió el plazo, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para que rescatase a los súbditos de la ley y nosotros recibiéramos la condición de hijos. Y como sois hijos, Dios infundió en vuestro corazón el Espíritu de su Hijo, que clama: Abba Padre. De modo que no eres esclavo, sino hijo; y si eres hijo, eres heredero por disposición de Dios. (Gálatas 4,4-7)

Cuantos se dejan llevar del Espíritu de Dios son hijos de Dios. Y no habéis recibido un espíritu de esclavos, para recaer en el temor, sino un espíritu de hijos que nos permite clamar Abba, Padre. El Espíritu atestigua a nuestro espíritu que somos hijos de Dios. Si somos hijos, también somos herederos: herederos de Dios, coherederos con el Mesías; si compartimos su pasión, compartiremos su gloria. (Romanos 8, 14-17)

No os turbéis. Creed en Dios y creed en mí. En la casa de mi Padre hay muchas estancias; si no, os lo habría dicho, pues voy a prepararos un puesto. Cuando vaya y os lo tenga preparado, volveré para llevaros conmigo, para que estéis donde yo estoy. Ya sabéis el camino para ir adonde [yo] voy. Le dice Tomás: ---Señor, no sabemos a dónde vas, ¿cómo podemos conocer el camino? Le dice Jesús: ---Yo soy el camino, la verdad y la vida: nadie va al Padre si no es por mí. Si me conocierais a mí, conoceríais también al Padre. Ahora lo conocéis y lo habéis visto. Le dice Felipe: ---Señor, enséñanos al Padre y nos basta. Le responde Jesús: ---Tanto tiempo llevo con vosotros, ¿y no me conoces, Felipe? Quien me ha visto a mí ha visto al Padre: ¿cómo pides que te enseñe al Padre? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí? Las palabras que yo os digo no las digo por mi cuenta; el Padre que está en mí realiza sus propias obras. (Juan 14,1-10)

Aquel día comprenderéis que yo estoy en el Padre y vosotros en mí y yo en vosotros. Quien conserva y guarda mis mandamientos, ése sí que me ama. A quien me ama lo amará mi Padre, y yo lo amaré y me manifestaré a él. Le dice Judas --no el Iscariote--: ---Señor, ¿qué pasa, que te vas a manifestar a nosotros y no al mundo? Jesús le contestó: ---Si alguien me ama cumplirá mi palabra, mi Padre lo amará, vendremos a él y habitaremos en él. (Juan 14, 20-23)

Como el Padre me amó así yo os he amado: permaneced en mi amor. Si cumplís mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; lo mismo que yo he cumplido los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. Os he dicho esto para que participéis de mi alegría y vuestra alegría sea colmada. (Juan 15, 9-11)

Os he dicho esto en parábolas; llega la hora en que ya no os hablaré en parábolas, sino que os explicaré claramente lo de mi Padre. Aquel día pediréis en mi nombre, y no será necesario que yo pida al Padre por vosotros, ya que el Padre mismo os ama, porque vosotros me habéis amado y habéis creído que yo vine de parte de Dios. (Juan 16,25-27)

He manifestado tu nombre a los hombres separados del mundo que me confiaste: eran tuyos y me los confiaste y han cumplido tus palabras. Ahora comprenden que todo lo que me confiaste procede de ti. Las palabras que tú me comunicaste yo se las comuniqué; ellos las recibieron y comprendieron realmente que vine de tu parte, y han creído que tú me enviaste. (Juan 17, 6-8)

Un hombre tenía dos hijos. El menor dijo al padre: Padre, dame la parte de la fortuna que me corresponde. Él les repartió los bienes. A los pocos días, el hijo menor reunió todo y emigró a un país lejano, donde derrochó su fortuna viviendo como un libertino. Cuando gastó todo, sobrevino una carestía grave en aquel país, y empezó a pasar necesidad. Fue y se puso al servicio de un hacendado del país, el cual lo envió a sus campos a cuidar cerdos. Deseaba llenarse el estómago de las bellotas que comían los cerdos, pero nadie se las daba. Entonces recapacitando pensó: ---A cuántos jornaleros de mi padre les sobra el pan mientras yo me muero de hambre. Me pondré en camino a casa de mi padre y le diré: He pecado contra Dios y te he ofendido; ya no merezco llamarme hijo tuyo. Trátame como a uno de tus jornaleros. Y se puso en camino a casa de su padre. Estaba aún distante cuando su padre lo divisó y se enterneció. Corriendo, se le echó al cuello y le besó. El hijo le dijo: ---Padre, he pecado contra Dios y te he ofendido, ya no merezco llamarme hijo tuyo. Pero el padre dijo a sus criados: ---Enseguida, traed el mejor vestido y vestidlo; ponedle un anillo en el dedo y sandalias en los pies. Traed el ternero cebado y matadlo. Celebremos un banquete. Porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido, se había perdido y ha sido encontrado. Y empezaron la fiesta. El hijo mayor estaba en el campo. Cuando se acercaba a casa, oyó música y danzas y llamó a uno de los criados para informarse de lo que pasaba. Le contestó: ---Es que ha regresado tu hermano y tu padre ha matado el ternero cebado, porque lo ha recobrado sano y salvo. Irritado, se negaba a entrar. Su padre salió a rogarle que entrara. Pero él respondió a su padre: ---Mira, tantos años llevo sirviéndote, sin desobedecer una orden tuya, y nunca me has dado un cabrito para comérmelo con mis amigos. Pero, cuando ha llegado ese hijo tuyo, que ha gastado tu fortuna con prostitutas, has matado para él el ternero cebado. Le contestó: ---Hijo, tú estás siempre conmigo y todo lo mío es tuyo. Había que hacer fiesta porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido, se había perdido y ha sido encontrado. (Lucas 15, 11-32)

A [sus] discípulos les dijo: ---Por eso os digo que no andéis angustiados por la comida para conservar la vida o por el vestido para cubrir el cuerpo. La vida vale más que la comida y el cuerpo más que el vestido. Observad a los cuervos: no siembran ni cosechan, no tienen graneros ni despensas, y Dios los alimenta. Cuánto más valéis vosotros que las aves. ¿Quién de vosotros puede, a fuerza de cavilar, prolongar su vida un poco? Pues si no podéis lo mínimo, ¿por qué os preocupáis de lo demás? Observad cómo crecen los lirios, sin trabajar ni hilar. Os aseguro que ni Salomón, con todo su fasto, se vistió como uno de ellos. Pues si a la hierba del campo, que hoy crece y mañana la echan al horno, Dios la viste así, ¡cuánto más a vosotros, hombres de poca fe! No andéis buscando qué comer o qué beber; no os angustiéis. Todo eso son cosas que busca la gente del mundo. En cuanto a vosotros, vuestro Padre sabe que os hace falta. Basta que busquéis su reinado y lo demás os lo darán por añadidura. No temas, pequeño rebaño, que vuestro Padre ha decidido daros el reino. (Lucas 12,22-32)

Y yo os digo: Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y os abrirán, pues quien pide recibe, quien busca encuentra, a quien llama se le abre. ¿Qué padre entre vosotros, si su hijo le pide pan, le da una piedra? O, si le pide pescado, ¿le dará en vez de pescado una culebra? O, si pide un huevo, ¿le dará un escorpión? Pues si vosotros, con lo malos que sois, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre del cielo dará el Espíritu Santo a quienes lo pidan! (Lucas 11, 9-13)

Una vez estaba en un lugar orando. Cuando terminó, uno de los discípulos le pidió: ---Señor, enséñanos a orar como Juan enseñó a sus discípulos. Jesús les contestó: ---Cuando oréis, decid: Padre, sea respetada la santidad de tu nombre, venga tu reinado; danos hoy el pan de mañana; perdona nuestros pecados como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden; no nos dejes sucumbir a la prueba. (Lucas 11,1-4)

¿Qué os parece? Supongamos que un hombre tiene cien ovejas y se le extravía una: ¿no dejará las noventa y nueve en la ladera para ir a buscar la extraviada? Y si llega a encontrarla, os aseguro que se alegrará más por ella que por las noventa y nueve no extraviadas. Del mismo modo, vuestro Padre del cielo no quiere que se pierda ni uno de estos pequeños. (Mateo 18, 12-14)

En aquella ocasión Jesús tomó la palabra y dijo: ---¡Te alabo, Padre, Señor de cielo y tierra, porque, ocultando estas cosas a los sabios y entendidos, se las diste a conocer a la gente sencilla! Sí, Padre, ésa ha sido tu elección. Todo me lo ha encomendado mi Padre: nadie conoce al Hijo sino el Padre; nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquél a quien el Hijo decida revelárselo. (Mateo 11, 25-27)

“Buen padre tenéis que os da el Buen Jesús”

(Celebración 1ª Tarde sobre el Padrenuestro)

1ª Parte

Monición

Canto:

El Señor es mi pastor, nada me falta, el Señor es mi pastor. (BIS)

*En praderas reposa mi alma, en su agua descansa mi sed.
Él me guía por senderos justos por amor, por amor de su nombre.
Aunque pase por valles oscuros ningún mal, ningún mal temeré
porque sé que el Señor va conmigo, su cayado sostiene mi fe.*

El Señor es mi pastor, nada me falta, el Señor es mi pastor. (BIS)

*Tu preparas por mí una mesa frente a aquellos que buscan mi mal.
Con aceite me ungiste, Señor, y mi copa rebosa de ti.
Gloria a Dios, Padre omnipotente, y a su Hijo Jesús, el Señor
y al Espíritu que habita en el mundo por los siglos eternos. Amén.*

El Señor es mi pastor, nada me falta, el Señor es mi pastor. (BIS)

“Y ahora escucha, Jacob, siervo mío; Israel, mi elegido: Así dice el Señor que te hizo, que te formó en el vientre y te auxilia: No temas, siervo mío, Jacob, mi cariño, mi elegido... Acuérdate de esto, Jacob; de que eres mi siervo, Israel. Te formé, y eres mi siervo, Israel, no te olvidaré. He disipado como niebla tus rebeliones; como nube tus pecados: vuelve a mí, que soy tu redentor... Así dice el Señor, tu redentor, que te formó en el vientre: Yo soy el Señor, creador de todo; Yo solo desplegué el cielo, yo afiancé la tierra... os llevarán en brazos, y sobre las rodillas os acariciará; como a un niño a quien su madre consuela, así os consolaré yo.” (Isaías 44, 1-2.21-22.24; 66, 12-13)

Jesús se complace en mostrarme el único camino que conduce a esa hoguera divina. Ese camino es el abandono del niño que se duerme sin miedo en brazos de su padre... «El que sea pequeñito, que venga a mí», dijo el Espíritu Santo por boca de Salomón. Y ese mismo Espíritu de amor dijo también que «a los pequeños se les compadece y perdona». Y, en su nombre, el profeta Isaías nos revela que en el último día «el Señor apacentará como un pastor a su rebaño, reunirá a los corderitos y los estrechará contra su pecho». Y como si todas esas promesas no bastaran, el mismo profeta, cuya mirada inspirada se hundía ya en las profundidades de la eternidad, exclama en nombre del Señor: «Como una madre acaricia a su hijo, así os consolaré yo, os llevaré en brazos y sobre las rodillas os acariciaré».

Ante un lenguaje como éste, sólo cabe callar y llorar de agradecimiento [1vº] y de amor... Si todas las almas débiles e imperfectas sintieran lo que siente la más pequeña de todas las almas, el alma de tu Teresita, ni una sola perdería la esperanza de llegar a la cima de la montaña del amor, pues Jesús no pide grandes hazañas, sino únicamente abandono y gratitud... He aquí, pues, todo lo que Jesús exige de nosotros. No tiene necesidad de nuestras obras, sino sólo de nuestro amor. Porque ese mismo Dios que declara que no tiene necesidad de

decirnos si tiene hambre, no vacila en mendigar un poco de agua a la Samaritana. Tenía sed... Pero al decir: «Dame de beber», lo que estaba pidiendo el Creador del universo era el amor de su pobre criatura. Tenía sed de amor... Sí, me doy cuenta, más que nunca, de que Jesús está sediento... ¡qué pocos corazones encuentra que se entreguen a él sin reservas, que comprendan toda la ternura de su amor infinito! (Manuscrito B, *Historia de un alma*, Sta. Teresa del Niño Jesús)

Silencio

Canto

*Lo que agrada a Dios de mi pequeña alma es que ame mi pequeñez y mi pobreza (BIS)
Es la esperanza ciega que tengo en su misericordia (BIS)*

2ª Parte

En aquella ocasión Jesús tomó la palabra y dijo: --- ¡Te alabo, Padre, Señor de cielo y tierra, porque, ocultando estas cosas a los sabios y entendidos, se las diste a conocer a la gente sencilla! Sí, Padre, ésa ha sido tu elección. Todo me lo ha encomendado mi Padre: nadie conoce al Hijo sino el Padre; nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquél a quien el Hijo decida revelárselo. Acudid a mí, los que andáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy tolerante y humilde de corazón, y os sentiréis aliviados. Porque mi yugo es blando y mi carga es ligera. (Mateo 11, 25-30)

1. ¡Oh esperanza mía y Padre mío y mi Criador y mi verdadero Señor y Hermano! Cuando considero en cómo decís que son vuestros deleites con los hijos de los hombres mucho se alegra mi alma. ¡Oh Señor del cielo y de la tierra!, ¡y qué palabras éstas para no desconfiar ningún pecador! ¿Fáltaos, Señor, por ventura, con quién os deleitéis, que buscáis un gusanillo tan de mal olor como yo? Aquella voz que se oyó cuando el Bautismo, dice que os deleitáis con vuestro Hijo. ¿Pues hemos de ser todos iguales, Señor? ¡Oh, qué grandísima misericordia, y qué favor tan sin poderlo nosotras merecer! ¡Y que todo esto olvidemos los mortales! Acordaos Vos, Dios mío, de tanta miseria, y mirad nuestra flaqueza, pues de todo sois sabedor.

2. ¡Oh ánima mía! considera el gran deleite y gran amor que tiene el Padre en conocer a su Hijo, y el Hijo en conocer a su Padre, y la inflamación con que el Espíritu Santo se junta con ellos, y cómo ninguna se puede apartar de este amor y conocimiento, porque son una misma cosa. Estas soberanas Personas se conocen, éstas se aman y unas con otras se deleitan. Pues ¿qué menester es mi amor? ¿Para qué le queréis, Dios mío, o qué ganáis? ¡Oh, bendito seáis Vos! ¡Oh, bendito seáis Vos, Dios mío para siempre! Alaben os todas las cosas, Señor, sin fin, pues no lo puede haber en Vos.

3. Alégrate, ánima mía, que hay quien ame a tu Dios como El merece. Alégrate, que hay quien conoce su bondad y valor. Dale gracias que nos dio en la tierra quien así le conoce, como a su único Hijo. Debajo de este amparo podrás llegar y suplicarle que, pues Su Majestad se deleita contigo, que todas las cosas de la tierra no sean bastante a apartarte de deleitarte tú y alegrarte en la grandeza de tu Dios y en cómo merece ser amado y alabado y que te ayude para que tú seas alguna partecita para ser bendecido su nombre, y que puedas decir con verdad: Engrandece y loa mi ánima al Señor. (Exclamación 7ª, Sta. Teresa de Jesús)

Silencio

Canto: "Eres"

3ª Parte

“Aquel día no me preguntaréis nada. Os aseguro que lo que pidáis a mi Padre, os lo dará en mi nombre. Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre; pedid y recibiréis, para que vuestra alegría sea completa. Os he dicho esto en parábolas; llega la hora en que ya no os hablaré en parábolas, sino que os explicaré claramente lo de mi Padre. Aquel día pediréis en mi nombre, y no será necesario que yo pida al Padre por vosotros, ya que el Padre mismo os ama, porque vosotros me habéis amado y habéis creído que yo vine de parte de Dios. Salí del Padre y he venido al mundo; ahora dejo el mundo y vuelvo al Padre.” (Juan 16, 23-28)

¿Pensáis que importa poco para un alma derramada entender esta verdad y ver que no ha menester para hablar con su Padre Eterno ir al cielo, ni para regalarse con El, ni ha menester hablar a voces? Por paso que hable, está tan cerca que nos oirá. Ni ha menester alas para ir a buscarle, sino ponerse en soledad y mirarle dentro de sí y no extrañarse de tan buen huésped; sino con gran humildad hablarle como a padre, pedirle como a padre, contarle sus trabajos, pedirle remedio para ellos, entendiendo que no es digna de ser su hija. 3. Se deje de unos encogimientos que tienen algunas personas y piensan es humildad. Sí, que no está la humildad en que si el rey os hace una merced no la toméis, sino tomarla y entender cuán sobrada os viene y holgaros con ella.

No os curéis, hijas, de estas humildades, sino tratad con El como con padre y como con hermano y como con señor y como con esposo; a veces de una manera, a veces de otra, que El os enseñará lo que habéis de hacer para contentarle. Dejaos de ser bobas; pedidle la palabra, que vuestro Esposo es, que os trate como a tal. Este modo de rezar, aunque sea vocalmente, con mucha más brevedad se recoge el entendimiento, y es oración que trae consigo muchos bienes. Llámase recogimiento, porque recoge el alma todas las potencias y se entra dentro de sí con su Dios, y viene con más brevedad a enseñarla su divino Maestro y a darla oración de quietud, que de ninguna otra manera. Porque allí metida consigo misma, puede pensar en la Pasión y representar allí al Hijo y ofrecerle al Padre (Camino 28,2-4)

Silencio

Canto: “Tú, mi pilar”

Mantendré los oídos abiertos, los ojos atentos.
Hoy te elijo, hoy te consagro para que estés siempre en mí.
Mi corazón estará siempre en ti. Mis ojos estarán siempre en ti. (bis)

Tú, mi pilar, sostén de mi vida. Apoyo en mis dudas, luz de mi camino.
Tú, mi pilar, transforma mi alma. Trae paz, tráeme calma espero en ti. (bis)

Momento de compartir

Magnificat con el canto “Behüte”

Canto

*Behüte mich, Gott, Ich ver traue dir, Du zeigst mir den Weg zum Leben.
Bei dir ist Freude, Freude in Fülle.*

*(Guárdame, Dios, porque confío en tí. Me enseñarás el camino de vida.
Me colmarás de gozo en tu presencia)*

Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador;
porque ha mirado la humillación de su esclava.

Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí:
su nombre es santo,
y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.

Él hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos.

Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de la misericordia
-como lo había prometido a nuestros padres-
en favor de Abrahán y su descendencia por siempre.

*Behüte mich, Gott, Ich ver traue dir, Du zeigst mir den Weg zum Leben.
Bei dir ist Freude, Freude in Fülle.*

Padrenuestro

Oración final

Canto: Me pongo en tus manos

Me pongo en tus manos, Oh Señor,
te entrego toda mi vida,
no me sueltes nunca Señor,
mi fuerza eres tú y mi alegría.